

ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS



En una tarde dorada,
por la tranquila corriente,
navegamos lentamente
remando sin decisión.
Y es que manejan los remos
torpes bracitos en vano,
y no consigue la mano
enderezar el timón

¡Trío cruel! Me pedían
a aquellas horas un cuento,
cuando no tenía aliento
para una pluma mover.
Mas contra tres lenguas juntas,
explicadme, ¿qué podría
hacer la pobre voz mía,
si hablan a la vez las tres?

Prima, imperiosa, su edicto
lanza: «¡Que empiece enseguida!».
Secunda, más comedida,
sólo llega a proponer:
«Que haya muchos disparates». Y
Tertia, a cada momento,
me va interrumpiendo el cuento
cada minuto una vez.

Hecho por fin el silencio,
con fantástica mirada,
van tras la niña soñada
a una tierra sin igual:

País de las Maravillas
donde aves y bestias parlan
y con ella alegres charlan...
Casi creen que es verdad.

Cuando, agotada la fuente
de mi seca fantasía,
con voz cansada quería
el relato posponer,
«Otra vez os diré el resto»,
les decía débilmente;
pero ellas alegremente
gritaban: «¡Ya es otra vez!».

Poco a poco fue surgiendo
la tierra maravillosa,
y cada escena curiosa
una a una se forjó.
Y ahora que el cuento ha acabado,
vamos, bajo el sol poniente,
bajando por la corriente,
alegre tripulación.

¡Alicia!, acepta este cuento
y con dedos delicados
ponlo donde están trenzados
sueños del mundo infantil
con la cinta del Recuerdo,
como coronas ajadas
hechas de flores cortadas
en un lejano país.

CAPÍTULO PRIMERO

Por la madriguera abajo

ALICIA empezaba a cansarse de estar allí sentada con su hermana a orillas del río sin tener nada que hacer. De vez en cuando se asomaba al libro que estaba leyendo su hermana, pero era un libro sin ilustraciones ni diálogos, «y ¿de qué sirve un libro —se preguntaba Alicia— que no tiene diálogos ni dibujos?»¹.

Estaba la niña dándole vueltas en la cabeza (y eran unas vueltas muy lentas porque el calor de aquel día de verano le producía una extraña somnolencia) a la idea de ir a por margaritas para tejer con ellas una guirnalda de flores, sopesando el esfuerzo que le costaría cogerlas, cuando, de pronto, un conejo blanco con grandes ojos rosados se cruzó ante ella.

En realidad no había *nada* de extraño en ello y Alicia no se sorprendió *ni siquiera* cuando le oyó decir:

—¡Ay, Dios mío, qué tarde se me está haciendo!

Y aunque más tarde, al recordarlo, le chocó que no le hubiera sorprendido, lo cierto es que en aquel momento le pareció de lo más natural. Y fue entonces cuando el conejo *sacó un reloj de bolsillo de su chaleco* para consultar la hora, antes de echar a correr de nuevo, y sólo entonces se dio cuenta la niña de que nunca había visto un conejo con chaleco ni, mucho menos, con reloj de bolsillo. Alicia se levantó de un brinco y, muerta de

¹ Ingenua pregunta que pone en cuestión la pedagogía de su época. El siglo XIX significó el triunfo del libro en la forma de tratado científico y de novela. Pero los grandes clásicos de la pedagogía, como Platón o Rousseau, consideraban indispensable para la educación el estilo dialogado. Y en nuestro siglo los medios audiovisuales han destacado el valor de la imagen.

curiosidad, corrió por la pradera hacia el lugar donde se encontraba el conejo, y llegó justo a tiempo de verlo desaparecer por una gran madriguera que se abría al pie de un seto.

Y no tardó Alicia en seguirle, sin pararse a pensar cómo se las arreglaría para salir de allí.

La madriguera era un largo túnel que, de improviso, torcía su curso y descendía de forma tan inesperada, que Alicia, sin tiempo para pensar en detener su caída, se precipitó por lo que parecían las paredes de un pozo muy profundo.

Bien porque el pozo fuera muy profundo, bien porque su caída fuera muy lenta, lo cierto es que la niña tuvo tiempo de mirar a su alrededor mientras caía y de preguntarse adónde iría a parar². Al principio, trató de mirar hacia abajo para ver dónde iría a dar, pero todo estaba demasiado oscuro. Entonces se fijó en las paredes del pozo y se dio cuenta de que estaban llenas de armarios y estanterías, además de mapas y de algún que otro cuadro colgado de un clavo. Mientras caía, Alicia cogió de una de las repisas un tarro con un letrero que decía «MERMELADA DE NARANJA», pero cuál no sería su desilusión al comprobar que estaba vacío. En lugar de dejarlo caer, lo que podría haber lastimado a alguien que estuviera abajo, prefirió dejarlo en uno de los armarios que estaban a su alcance.

«¡Vaya! —se decía Alicia mientras continuaba cayendo—. Después de esto ya me puedo caer por las escaleras de casa con toda tranquilidad. En casa pensarán que me he vuelto muy valiente. ¡No pienso ni rechistar aunque me cayera del mismísimo tejado de mi casa!», lo cual, dicho sea de paso, era una verdad como un templo³.

Y seguía bajando, bajando, bajando. ¿Es que no acabaría *nunca* aquella caída?

—Me gustaría saber cuántas millas he descendido ya —dijo en voz alta—. Apuesto a que debo de estar cerca del centro

² Los clásicos especularon, imaginando el movimiento en caída libre, sobre lo que hoy los viajeros de avión y los astronautas saben por experiencia: que no es el movimiento por sí mismo, sino el tiempo y la distancia recorrida lo que da la medida de la velocidad.

³ La primera de la abundante lista de bromas y alusiones macabras que contienen los dos cuentos de Alicia.

de la Tierra. Vamos a ver, eso serían unas cuatro mil millas aproximadamente —como podéis ver, Alicia había aprendido algunas cosas en la escuela y, aunque aquél no parecía el *mejor* momento para demostrar sus conocimientos, sobre todo porque nadie la estaba escuchando, tampoco le venía mal un repaso—. Sí, me parece que ésa es la distancia correcta, pero entonces habría que calcular la *latitud* y la *longitud* de mi posición —y no es que la niña tuviera la menor idea de lo que eran latitud y longitud, sino que le parecían términos muy apropiados para usar en aquellas circunstancias.

No tardó en reanudar sus cavilaciones.

—¡A lo mejor *atravieso* la Tierra y caigo del otro lado!⁴ ¡Qué divertido sería si saliera por el país donde la gente anda boca abajo! ¡Las *Antipatías* me parece que se llama...! —y la verdad es que, en esta ocasión, Alicia se alegró de que nadie la *estuviera* escuchando, porque tenía la impresión de haber metido la pata—. Y lo primero que haré es preguntarles el nombre del país en el que me encuentro. «Por favor, señora, ¿podría usted decirme si estoy en Australia o en Nueva Zelanda?» —mientras hablaba, Alicia intentaba hacer una pequeña reverencia, ¡aunque ya os podéis imaginar que no es *fácil hacer reverencias* mientras uno va volando por los aires!—. Pero la pobre señora se quedaría horrorizada de mi ignorancia... Mejor será que no se lo pregunte y que busque algún cartel donde lo indique.

Y seguía bajando, bajando y bajando. Como no tenía nada mejor que hacer, la niña pronto reanudó su palique.

—¡Ay! ¡Cómo me va a echar de menos Dina esta noche! —Dina era su gata—. Espero que alguien se acuerde de darle su platito de leche a la hora de la cena... ¡Dina, querida, Dina! ¡Ojalá estuvieras ahora aquí conmigo! No encontrarías muchos ratones por aquí, porque los ratones no vuelan, pero podrías cazar algún murciélago, que al fin y al cabo se parece bastante al ratón. ¿Pero comen murciélagos los gatos? ¿O será lo contrario, que los murciélagos se comen a los gatos?

⁴ Otro tema de especulación clásica. El que cayera por un agujero que atravesara la Tierra pasando por su centro repetiría, según Galileo, una y otra vez, conforme a las leyes de la mecánica, el camino de ida y vuelta de uno a otro orificio.

Una dulce somnolencia se había apoderado de la niña, lo cual no le impedía continuar su perorata, aunque de forma algo inconexa:

—Murciélago..., murciélago..., murcierratón..., ¡murciégatón!

Daba igual quién se comiera a quién, el murciélago al ratón, el ratón al gato, el gato al murciélago, pensaba Alicia mientras iba quedándose profundamente dormida. Soñaba que estaba con Dina, y que iban juntas las dos de la mano dándose un paseo. «Dime la verdad, Dina —le preguntaba Alicia a su gata con toda seriedad—, ¿te has comido alguna vez un murciélago?», cuando de pronto notó que su cuerpo caía con estrépito sobre un montón de hojas secas. Se acabó el viaje.

Alicia no se había lastimado, así es que, de un brinco, se puso en pie y miró a su alrededor. Reinaba en torno a ella una profunda oscuridad y sólo conseguía ver un largo pasadizo que se abría ante ella, en el fondo del cual se distinguía apenas la figura del Conejo Blanco, que desaparecía en la lejanía.

No podía perder ni un minuto, así es que Alicia corrió tras él y antes de que el Conejo doblara un recodo le oyó exclamar:

—¡Por mis barbas y mis bigotes, voto a tal! ¡Se me está haciendo tardísimo!

Estaba muy cerca de él, pero al doblar la esquina, el Conejo había desaparecido. Se encontró en un salón estrecho y alargado, iluminado por una serie de lámparas que colgaban del techo.

En aquel salón había varias puertas, pero estaban todas cerradas. Alicia, después de probar la cerradura de cada una de las puertas, se dirigió al centro de la habitación, pensando tristemente que estaba atrapada y que nunca más podría salir de allí.

Y fue entonces cuando descubrió una pequeña mesa de tres patas, todas ellas de cristal. Sobre la mesa había solamente una diminuta llave dorada y al momento pensó Alicia que se trataba de una de las llaves de las puertas del salón. Pero muy pronto pudo comprobar que la llave era demasiado pequeña para las cerraduras... o bien que las cerraduras eran demasia-

do grandes para la llave. La llave no servía para abrir aquellas puertas. Pero al dar otra vuelta a la habitación, descubrió, detrás de unas cortinas que la ocultaban, una puerta mucho más pequeña, tan pequeña que apenas mediría treinta centímetros. Probó suerte con la llave y pudo comprobar, con alborozo, que funcionaba perfectamente.

Alicia abrió la puerta y vio que conducía a un pequeño túnel, del tamaño de una ratonera. Se arrodilló y vio que en el fondo del túnel se abría el jardín más maravilloso que pudiera jamás soñar. ¡Ya se imaginaba lejos de aquel lúgubre salón, paseando entre parterres de preciosas flores, acompañada por el murmullo de cristalinas fuentes! Pero el caso es que ni siquiera había logrado introducir la cabeza por la entrada del túnel. «Y aunque *la metiera*, ¿de qué me iba a servir? —pensaba la pobre Alicia—. ¿De qué sirve una cabeza sola si no va acompañada del tronco? ¡Ojalá supiera comprimirme como si fuera un catalejo! Y el caso es que podría hacerlo, con tal de que supiera cómo empezar.» Y es que a Alicia le habían ocurrido cosas tan extraordinarias, que ya nada le parecía imposible.

No había razón para quedarse junto a aquella puerta, así es que la niña se dirigió de nuevo hacia la mesa, esperando encontrar otra llave o quizás algún libro de fórmulas mágicas que le enseñara a comprimirse como un catalejo. Pero en esta ocasión halló una pequeña botella («Juraría que antes no estaba aquí», pensó Alicia) con un rótulo colgado alrededor del cuello, que rezaba «BÉBEME» en grandes letras de molde.

Estaba muy bien eso de «BÉBEME», pero Alicia era demasiado lista para dejarse embaucar tan fácilmente.

«Antes —se dijo— es preciso ver si hay alguna contraindicación, algún otro letrado que diga “veneno”.»

Porque Alicia había leído cuentos en que los niños se quemaban o los devoraban las bestias salvajes, y todo por *no hacer* caso de los consejos de sus amigos. Se habían olvidado de que un hierro al rojo vivo te puede quemar la mano si lo sostienes mucho rato o de que si te empeñas en cortarte el dedo con un cuchillo, te puedes hacer mucha sangre. De la misma manera, si te bebes un frasco que diga «veneno», es muy probable que, tarde o temprano, te siente fatal.

Sin embargo, Alicia no encontró ninguna indicación que dijera «veneno», así es que hizo de tripas corazón y se lo llevó a la boca para probarlo. Tenía un sabor muy agradable, algo así como una mezcla de pastel de cerezas, flan, piña, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con mantequilla. Tan agradable que, en un abrir y cerrar de ojos, la niña se bebió el frasco entero.

* * *

—¡Qué sensación más extraña! —dijo Alicia—. Siento como si me comprimiera igual que si fuera un catalejo.

Y eso era, en verdad, lo que le estaba sucediendo. Su tamaño se había reducido a unos veinte centímetros y su rostro se iluminó de alegría al pensar que tenía ahora el tamaño justo para introducirse por la puerta que conducía hacia aquel maravilloso jardín. Antes, sin embargo, esperó unos momentos para ver si seguía disminuyendo de tamaño. Se había puesto algo nerviosa al pensar adónde iría a parar todo aquello.

—¿Qué pasaría —se dijo— si me esfumo del todo como se esfuma una vela cuando se le acaba la cera?

Y trataba de imaginarse lo que le ocurría a la llama cuando se apagaba una vela y trataba de recordar, en vano, la llama sin la vela que la alimentara.

Pero al comprobar que ya no menguaba de tamaño, se decidió a salir al jardín por la puerta. Pero, ¡ay, pobre Alicia!, al llegar a la puerta se dio cuenta de que se había olvidado la pequeña llave dorada que la abría, y al volver a la mesa, se dio cuenta de que la llave estaba ahora fuera de su alcance. Podía verla claramente a través del cristal de la mesa e incluso intentó llegar a ella trepando por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza. Cansada y desesperada, la niña se sentó y comenzó a llorar.

—¡Vamos, vamos! —se reprendía Alicia a sí misma—. ¡De nada te sirve tanto llorar! ¡Y te estás callando ahora mismito!

Alicia solía darse muy buenos consejos, aunque también es verdad que rara vez los seguía. A veces se regañaba tanto que acababan saltándosele las lágrimas, y en una ocasión en la que ella misma se hacía trampas jugando en solitario una par-

tida de croquet recordaba haberse dado de cachetazos en las orejas. Y es que aquella niña tan original jugaba a veces a ser dos personas distintas. «Aunque de nada me serviría ahora ese juego —pensó la pobre Alicia—. ¡Cómo voy a ser dos personas si ni siquiera soy del todo *una!*»

Al poco rato, sus ojos descubrieron una cajita de cristal que se hallaba debajo de la mesa. La abrió y vio que dentro había un diminuto pastel, y sobre el pastel, escrito con ricas pasas, se leía la palabra «CÓMEME».

—Bueno, pues me lo comeré —dijo Alicia—, y así, si crezco, podré alcanzar la llave, y si menguo, seré tan pequeña que podré pasar por debajo de la puerta para llegar al jardín. Así es que ¡no pierdo nada con comerlo!

Mordisqueó el pastelillo y se preguntó con ansiedad:

—¿Hacia dónde voy, hacia arriba o hacia abajo?

Mientras hablaba, se había colocado una mano en la cabeza para poder comprobar si crecía o menguaba. Se quedó muy extrañada al ver que no cambiaba. Y, realmente, aquello no tenía nada de extraño, porque es lo que suele ocurrir cuando uno se toma un pastel. Pero Alicia se había acostumbrado de tal modo a que le ocurrieran cosas extraordinarias, que le pareció una tontería que la vida siguiera siendo normal.

Le hincó el diente y en poco tiempo dio buena cuenta del pastelillo.

CAPÍTULO II

El Mar de Lágrimas

¡A Y, pero qué *rarismo!* —exclamó Alicia, a la que, de tanta excitación, se le había olvidado hablar correctamente—. ¡Me estoy estirando como si fuera el catalejo más grande del mundo! ¡Adiós, pies!

Y, efectivamente, al mirar hacia abajo, veía sus pies, cada vez más pequeños, desaparecer en la lejanía.

—¡Mis pies, mis pobres pies! —gritaba desconsolada—. Y ahora, ¿quién os va a calzar, quién os pondrá vuestras preciosas medias? Porque estoy segura de que yo ya no podré hacerlo... ¡Estaré demasiado lejos de vosotros para cuidaros como solía! Ahora os las tendréis que arreglar solitos... Aunque, pensándolo bien, será mejor que me porte bien con ellos —reflexionaba Alicia—, ¡no sea que se cansen de mí y echen a andar por su cuenta! Vamos a ver, ¿qué tal si os compro unas botas nuevas cada año por Navidades?

Y la niña rumiaba cómo se las arreglaría para enviarlas.

—¡Tendré que mandárselas por recadero!... ¡Va a ser muy divertido eso de enviar regalos a mis propios pies! Y más divertido aún, cuando escriba la dirección en una tarjeta:

Señor Don
Pie Derecho de Alicia
Dirección: Alfombra de la Chimenea
(cerca del Guardafuegos)
Remite: Alicia, con amor.

—Pero... ¡qué tonterías más grandes estoy diciendo!

En aquel instante su cabeza golpeó contra el techo de la sala, y es que la niña medía ya más de tres metros de altura. Se apresuró a recoger la llavecita de oro y se dirigió rápidamente hacia la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Ahora tenía que conformarse con mirarlo desde lejos, tumbada en el suelo y aplicando el ojo, al hueco de la puerta, aquella puerta tan difícil de franquear cuando estaba cerrada, y más difícil aún ahora que estaba abierta. Se sentó y empezó a llorar desconsoladamente.

—¡Alicia, deberías avergonzarte de ti misma! —se reprendió a sí misma—. ¡Una niña tan grande como tú (¡y nunca mejor dicho!) no debería llorar de esa manera! ¡Ni una lágrima más! ¡Te lo prohíbo!

Pero de nada le servían estas razones, porque sus ojos seguían vertiendo ríos, o mejor diría, torrentes de lágrimas, que se precipitaban a sus pies formando un gran charco de medio palmo de altura, que se extendía por el suelo del salón. Al cabo de un rato, oyó el ruido de unas pisadas que se acercaban y comenzó a enjugarse las lágrimas para poder ver quién venía. Era el Conejo Blanco que regresaba. Estaba ataviado con su mejores galas, luciendo un par de guantes blancos de cabritilla en una mano y un abanico en la otra. Llegaba trotando a toda prisa, hablando consigo mismo mientras se apresuraba:

—¡La Duquesa! ¡Ay, la Duquesa! ¡Cómo se me va a poner la Duquesa si la hago esperar!

Tan apurada estaba Alicia en aquellos momentos, que no dudó en pedir ayuda al primero que pasara. Así es que, cuando se acercó el Conejo Blanco, se dirigió a él con voz entrecortada y tímida:

—Por favor, señor...

Pero el Conejo, al oír la voz de Alicia, se sobresaltó de tal manera que dejó caer los guantes y el abanico, y salió huyendo hasta perderse en la oscuridad.

Alicia recogió los guantes y el abanico del Conejo y, como hacía tanto calor en aquel salón, comenzó a abanicarse mientras se decía:

—¡Vaya día que estoy pasando! Y pensar que ayer mismo todo sucedía como de costumbre... ¿Será que he cambiado durante la noche? Vamos a ver, ¿era yo la misma cuando me

levanté esta mañana? Ahora que lo pienso, recuerdo que me sentía un poco extraña, como si fuera diferente. Pero si ya no soy la misma, entonces ¿quién demonios soy? ¡Ahí está el intrínquilis!

Y se puso a pensar en todos sus amigos, en todos los niños de su misma edad, para ver si podía haberse convertido en uno de ellos.

—En Ada, seguro que no —razonaba Alicia—, porque no tengo esos grandes tirabuzones en el pelo como los de Ada. Y tampoco puedo ser Mabel, porque yo sé muchas cosas y ella, en cambio, sabe tan poquitas... Y, además, ella *es ella* y yo *soy yo*... ¡En buen lío estoy metida! Voy a ver si, al menos, sé las cosas que antes sabía. Veamos: cuatro por cinco, doce; cuatro por seis, trece; cuatro por siete... ¡Dios mío! ¡A este paso nunca llegaré a veinte! De todas formas, la tabla de multiplicar no tiene ninguna importancia. A ver qué tal se me da la geografía: Londres, capital, París; París, capital, Roma... Roma, capital... ¡No es así, no es así! ¿Será verdad que me he convertido en Mabel? Supongo que, al menos, seré capaz de recitar «*A un panal de rica miel...*».

Y cruzando las manos en el regazo, se puso a recitar como si dijera la lección. Pero su voz tenía un sonido ronco y extraño y las palabras que pronunciaba eran diferentes a las del poema que tan bien conocía:

«A un panal de amarga hiel,
dos mil tigres acudieron,
que por voraces murieron
presas sus fauces en él.
Otro, dentro de un tonel,
enterró su hambre canina.
Así, si bien se examina,
los tigres, por comilones,
perecen en las prisiones
del hambre que los domina»^a.

^a [N. del T.] El poema de Carroll dice así:

¡Ved al pequeño cocodrilo,
darle lustre a su cola reluciente,

—¡No es así, no son ésas las palabras! —decía la pobre Alicia, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¡Ahora sé que soy Mabel y no tendré más remedio que vivir en su horrible casucha y tendré que conformarme con los cuatro trastos que tiene por juguetes y tendré que estudiar montañas y montañas de lecciones! No, ya está decidido. Si de veras soy Mabel, me quedo aquí abajo... ¡Y no pienso hacer caso de las palabras de los mayores cuando se asomen al agujero y digan: «Anda, querida, sube..., te estamos esperando»! Yo los miraré desafiante desde abajo y les diré: «Antes decidme quién soy, y si me gusta esa persona, entonces subiré, pero si no me gusta me quedaré aquí y esperaré a convertirme en otra persona...», pero... ¡Dios mío! —se interrumpió Alicia sollozando—, ¡cómo me gustaría que de veras se asomara alguien por el agujero! ¡Estoy tan cansada de estar solita aquí abajo!

y bañar con las aguas del Nilo
cada una de sus escamas doradas!
¡Y de qué manera sonríe,
y extiende con cuidado sus garras,
mientras da la bienvenida a los pececitos,
con sus fauces sonrientes!

El autor ha parodiado el poema de Isaac Watts, «Contra la pereza y la maldad», publicado en 1715. Se trata de una fábula moral muy del gusto de la época victoriana, en la que seguía siendo conocida y recitada a los niños.

El traductor ha creído oportuno hacer una extrapolación a la lengua castellana, y ha encontrado una fábula moral de Samaniego, publicada también en el siglo XVIII, muy semejante al poema de Watts. El lector español reconocerá con facilidad el poema «Las moscas», sobre cuyo tema el traductor ha realizado una parodia semejante a la de Carroll. He aquí el poema de Samaniego:

A un panal de rica miel
dos mil moscas acudieron,
que por golosas murieron,
presas de patas en él.
Otra dentro de un pastel
enterró su golosina.
Así, si bien se examina,
los humanos corazones
perecen en las prisiones
del vicio que los domina.

Mientras pronunciaba estas palabras bajó la vista y pudo comprobar que, sin darse cuenta, había cogido uno de los guantes del Conejo y se lo había colocado en la mano.

«¿Cómo es *posible* que haya hecho esto? —se dijo la niña—. Será que estoy menguando de nuevo.»

Y, dirigiéndose hacia la mesa, se puso a su altura y pudo comprobar que medía poco más de medio metro, y que su tamaño iba disminuyendo por momentos. Pronto descubrió que este cambio se debía al abanico del Conejo, que sostenía en la mano. Así es que lo dejó caer a toda prisa, y menos mal que lo hizo porque, si no, habría desaparecido por completo sin dejar rastro.

—¡Me he salvado por *los pelos!* —exclamó Alicia, asustada por el tamaño de su cuerpo, pero aliviada al comprobar que todavía lo tenía—. Y ahora, ¡al jardín!

Y corrió hacia la puerta que a él conducía. Pero, ¡ay!, la puerta estaba cerrada de nuevo y la llave de oro que la abría continuaba en la mesa de cristal.

—¡Las cosas están peor que nunca! —se desesperaba Alicia—. Nunca había sido tan pequeña como ahora y esto no puede conducir a nada bueno.

No bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando sus pies resbalaron y..., ¡plaf!, se encontró con que el agua salada le llegaba hasta el cuello. Lo primero que se le ocurrió fue pensar que había caído en el mar «... y entonces tendré que volver en tren a casa». (Resulta que Alicia sólo había estado una vez en el mar en su vida y había llegado a la peregrina conclusión de que, en cualquier punto de la costa inglesa, hay una serie de casetas de baño metidas en el agua y, aquí y allá, algún niño jugando en la arena con su pala de madera; después, una larga hilera de casas de huéspedes y, al fondo, la estación de ferrocarril.) Pero pronto se dio cuenta de que no se trataba del mar propiamente dicho, sino de un Mar de Lágrimas, que ella misma había vertido cuando medía tres metros de altura.

—¡Ojalá no hubiera llorado tanto! —se lamentaba ahora la niña, braceando en el mar de sus propias lágrimas y tratando de salir de él—. ¡Me está bien empleado y ahora me ahogaré en mis propias lágrimas! ¡Nunca pensé que eso de «ahogarse

en llanto» *pudiera* ser verdad, aunque hoy es verdad todo lo que ayer era mentira!

En aquel momento oyó que alguien chapoteaba no muy lejos del lugar donde ella se encontraba, y la niña se dirigió hacia allí para ver de qué se trataba. Al principio pensó que sería una foca o algún hipopótamo, tal era el ruido que armaba, pero enseguida se acordó de su propio tamaño y pudo comprobar que se trataba de un ratón que se había resbalado y caído al agua, tal como le había ocurrido a ella.

«¿Serviría de algo —se preguntó Alicia— intentar hablar con ese ratón? Todo es tan extraño aquí abajo, que no me sorprendería nada que los ratones pudieran hablar. De cualquier modo, no se pierde nada con probar.»

Y dirigiéndose al ratón, continuó de esta manera:

—¡Oh, Ratón! ¿Podría usted indicarme la manera de salir de estas aguas? Estoy muy cansada de nadar y necesito su ayuda, ¡oh, Ratón!

(Naturalmente, Alicia no tenía la menor idea de cuál era la manera correcta de dirigirse a un ratón, pero había leído el libro de latín de su hermano y recordaba perfectamente una de las declinaciones que decía: «El ratón-del ratón-para el ratón-al ratón, y finalmente, ¡oh, ratón!».)

El Ratón la miraba con ojos inquisitivos, y en un determinado momento le pareció a la niña que le guiñaba un ojo, pero no dijo nada.

«Quizás no entienda inglés —pensó Alicia—. Debe de ser un ratón francés, llegado a estas tierras con la expedición de Guillermo el Conquistador.»

(A pesar de sus conocimientos de historia, Alicia no tenía una idea demasiado clara del tiempo que había transcurrido desde que Guillermo llegara a Inglaterra.)

Sin desanimarse, la niña volvió a dirigirse al Ratón, recordando ahora la primera línea de su libro de francés:

—*Où est ma chatte?*

Al oír estas palabras, el Ratón dio un gran salto en el agua¹ mientras que todo el cuerpo le temblaba como un azogado.

¹ El miedo del ratón al gato es instintivo. En el supuesto de que estuviese dotado de habla, es natural que reaccionase también, por educación o condicio-

—¡Oh! ¡Le pido mil perdones! —se apresuró a decir Alicia temiendo haber herido los sentimientos del pobre animal—. Había olvidado totalmente que ustedes no se llevan muy bien con los gatos.

—¿Llevarme bien con los gatos? —gritó el Ratón, con voz chillona y agresiva—. Y *tú*, ¿qué tal te llevarías con ellos si estuvieras en mi lugar?

—Supongo que no muy bien —admitió Alicia, deseosa de apaciguar a su amigo—. Espero que no se haya molestado por lo que le he dicho. Aunque pienso que si usted conociera a mi gata, que se llama Dina, no tendría usted tan mala opinión de ellos... Es un animal tan cariñoso y de tan buenos modales... —decía Alicia, más para sí misma que para el Ratón, mientras nadaba plácidamente en el Mar de Lágrimas—. Se pasa el día ronroneando, sentada junto a la chimenea, lavándose delicadamente la cara con sus patitas... ¡y da un gusto cuando la coges en brazos! ¡Y no le digo a usted nada a la hora de cazar ratones! ¡Ay..., usted perdone! —exclamó Alicia, al ver que al Ratón se le habían puesto los pelos de punta y parecía muy ofendido por sus palabras—. Le prometo solemnemente que no volveremos a tocar ese tema.

—¿Volveremos? —protestó, indignado, el Ratón, que temblaba de la cabeza hasta la cola—. ¡Como si fuera *yo* el que hubiera sacado este tema de conversación! ¡Has de saber que mi familia siempre ha sentido una profunda *aversión* hacia los gatos, esas criaturas repelentes, vulgares y groseras! ¡Así es que haz el favor de no volver a mentar su nombre!

—¡Le juro a usted que nunca más lo volveré a pronunciar! —exclamó Alicia, deseosa de cambiar de tema cuanto antes—. ¿Y qué le parecen a usted... los perros? —Al ver que el Ratón no respondía, prosiguió—: Cerca de mi casa vive un perro muy simpático. Me gustaría que usted le conociera. Es un foxterrier de ojos alegres y un pelaje marrón tan largo y suave que da gusto tocarlo... Y, además, recoge las cosas que

namiento aprendido, al estímulo verbal cuando oye mentar a su enemigo. Es el efecto «mágico» o simbólico de las palabras. Pero en este caso, la sensibilidad del Ratón es tan aguda, o su cultura tan vasta, que reacciona igualmente ante estímulos verbales proferidos en idioma extranjero.

le echas y te las devuelve, se sienta con las patas en alto para pedir la cena y sabe muchos otros trucos que ahora mismo no recuerdo... Su amo, el granjero, dice que es un perro que sirve para todo y que ni por cien libras lo vendería... ¡Con decirle que no deja una rata viva en todo el...! ¡Ay, Dios mío! —exclamó Alicia—. Me temo que he vuelto a meter la pata.

El Ratón, al oír las últimas palabras de Alicia, había salido disparado y se alejaba a toda velocidad, agitando las aguas con su desenfrenado chapoteo.

—¡Ratón, querido Ratón! —Alicia le llamó de nuevo—. Hágame el favor de volver y yo le prometo que aquí no se vuelve a hablar de perros ni de gatos ni de nada que se le parezca.

Cuando el Ratón oyó las palabras de Alicia vaciló unos instantes y después dio media vuelta dirigiéndose hacia el lugar donde se encontraba la niña. Estaba pálido (de rabia, pensó Alicia) y dijo en voz baja y temblona:

—Vamos hacia la orilla y te contaré la historia de mi vida. Entonces comprenderás por qué les tengo tanta manía a los gatos y a los perros.

Y, en verdad, ya era hora de que salieran del agua, porque aquel Mar de Lágrimas se había ido llenando de toda clase de animales de pelo y de pluma que habían caído en él. Había un Pato y, junto a él, un Dodo y un Loro, acompañados de un Aguilucho, y de una serie de criaturas de la más diversa condición. Alicia se puso en cabeza de tan heterogéneo pelotón y, juntos, alcanzaron la orilla.